

entre el modo en que el niño adquiere su LM y el adulto adquiere una L2. El trabajo de McLaughlin (1978), que postula las dicotomías *procesos controlados/procesos automáticos*, por un lado, y *memoria a corto plazo/a largo plazo*, por otro, y el trabajo de Bialystock (1978), que postula la existencia de un *módulo de conocimiento implícito* y otro de *conocimiento explícito*, son intentos de mejorar el modelo de Krashen tanto en lo explicativo como en lo descriptivo.

La tercera y última parte de este volumen se dedica al *análisis de la interlengua*, desde diferentes criterios basados en las características que se otorgan a la IL y el modelo de adquisición asumido por los investigadores. Schachter (1974) aporta una idea fundamental para la investigación, basada en el hecho de que la creatividad del hablante de IL no sólo se refleja en lo que produce sino también en lo que no produce por inhibición. Eckman (1977) propone la *Hipótesis del marcado diferencial* que puede dar cuenta de las jerarquías y áreas de dificultad que se constatan en los datos de la IL, unida a un análisis contrastivo. El problema de la metodología de la recogida de datos para el análisis de la IL es abordado en el estudio de Jordens (1980), que opta por un estudio longitudinal que le permita dar cuenta del proceso de adquisición. Adjémian (1982) defiende la necesidad de recoger datos en diversas situaciones y con métodos diferentes para poder abstraer a partir de ellos la competencia de los hablantes. Finalmente, Tarone (1983) aboga por una recogida de datos variadas que tenga en cuenta distintas situaciones desde lo espontáneo hasta lo formal.

El análisis somero del contenido de este libro pone de relieve su interés e importancia. La lectura del mismo es más que recomendable, ya que se trata de la única publicación en español que permite acceder directamente a las fuentes de la investigación (a diferencia de un manual de divulgación) de la adquisición de L2, guiados por las acertadas y clarificadoras explicaciones y notas de Liceras. La lectura se hace amena gracias a la fluida traducción de Marcelino Marcos, y constituye una invitación a seguir profundizando en el tema gracias a la riqueza y actualidad de la bibliografía.

MARTA BARALO

BADÍA, Lola, *Tradició i Modernitat als segles XIV i XV, (Estudis de cultura literària i lectures d'Ausiàs March*, ed. Institut universitari de Filologia valenciana, Publicacions de l'abadia de Monserrat, València/Barcelona, 1993.

Este reciente título de Lola Badía, es una recopilación de artículos escritos a lo largo de diez años (1981-1991) pero que para la publicación en este libro conjunto han sido reelaborados y modificados. El artículo 4.º de la segunda parte, por ejemplo, funde dos anteriores. El primer trabajo sobre March es una revisión de un trabajo de 1985. El primer trabajo del libro ha sido traducido y actualizado de su primera entrega en castellano. Así pues, ésta es la versión definitiva y a la que habrá que referirse, y ello lo indica claramente la autora explicando que ésta es la edición «autorizada i no les anteriors» que aparecieron en diversas revistas catalanas o castellanas.

Los artículos tratan temas de literatura catalana de los siglos XIV y XV. Es el Siglo de Oro de esta literatura. Badía se ocupa de gran parte de las figuras clásicas del final de la Edad Media y atiende sobre todo a Martorell, Ausiàs March, Bernat Metge o Co-

rella, pero los trata implicados en toda una red cultural que certifica la erudición de la autora y que llega a las traducciones catalanas de Séneca o a los sermones de Bernardino de Siena. El libro está dividido en dos. Por una parte Ausiàs March y por otra todo lo demás, pero en ambas le interesa lo mismo: ese tejido de influencias y de intertextualidad que ocupa toda la Edad Media europea y en la que desea situar la literatura catalana. Por ello, más que un trabajo monográfico sobre autores, es un trabajo de análisis cultural de una época en la que sobresalen esos autores y que hay que explicar en la medida en que deben ser colocados en esa conexión que se resume en la cifra «Tradició i Modernitat».

Debido a este objetivo (o quizá el objetivo lo crea el método) Lola Badía se sitúa en la escuela historicista y trabaja con un método positivista a través del cual fijar los diversos puntos y las conexiones de aquella red. Ella misma lo dice (p. 41): «La interpretació milita en el literalisme positivista i en la contextualització (llegiu cacera i discussió de “fons” en sentit ampli.)» Compara textos, busca afinidades, entiende las diferencias y, al final, saltando más allá del positivismo más ralo, sitúa a un autor con un sentido en la historia de la cultura, lo define por su peculiaridad frente a los otros. En gran parte se trata de literatura comparada, que si bien a veces puede parecer que se queda en el historicismo más seco (pocas), otras sirve para comprender por contraste a los autores, como a March frente a Petrarca. Si el italiano hace de su dolor un objeto bello, quizá por esto más doloroso, el valenciano grita. Gran parte de la poesía de March es, efectivamente, un aullido (V, 2).

Para poder llevar a cabo ese trabajo es necesario manejar con su habilidad la bibliografía (y el volumen lleva al final una realmente útil y que impide perderse en un mar de citas que nunca sabemos a qué op. cit. remite) y sobre todo poseer una amplia erudición. Pero ello también es un peligro, sobre todo si en vez de herramienta pasa a ser objetivo, y por ello se justifica (p. 127): «Aquesta mena de notes, tanmateix, ampliades oportunament allà on cal, i la bibliografia en la qual se sustenten, són l'única arma que tinc per a defugir el subjektivisme individualista, gratuït i arbitrari, que intento d'evitar tant com puc». Aunque yo pienso que cierto subjetivismo, la imposibilidad y quizá inconveniencia de escapar a nuestro estado de post-romanticismo en los cánones estéticos que nos rigen, hacen inviable la visión únicamente histórica, ya que si no deberíamos ocuparnos más de Fray Luis de Granada que de Cervantes; los que dicen que hay que quitar las digresiones del *Tirant* tienen un prejuicio romántico, pero al menos son coherentes con el lector de hoy, que *es* romántico, y atienden a la literatura como algo para ser leído. La tradición occidental, siempre egocéntrica, cristianizadora de los clásicos en el medioevo y modernizadora de los clásicos en la modernidad, ha sido además ególatra, y quizá no pueda escapar a ello. Seguramente el *Tirant* es leído hoy en y por lo que supera lo medieval: la ironía y el distanciamiento, y la misma autora explica estos rasgos. Y seguramente es estudiado por ello, frente a los libros de segunda fila, de interés únicamente histórico. De todas formas, es provechoso que se subraye su medievalismo esencial para que no acabemos de deformarlo. Veremos que Badía no busca un historicismo rígido. Sólo busca no engañarse, y para ello se asegura en la historia.

Los diversos artículos, aunque no hayan sido escritos de un golpe, han sido revisados para formar un todo. Por ello cada uno refleja una investigación independiente, pero, como propios de una visión general de una autora, reflejan un criterio unificado, la interpretación de todo un período en una idea latente que conecta todos los trabajos: Modernidad y Tradición. No reflexiona en cada uno sobre la tradición y la modernidad

de March, Metge o Torroella, sino sobre cuestiones concretas y problemas interpretativos, pero la idea que subyace es aquélla, la que da título. La comparación y las influencias demuestran, sin que lo diga explícitamente sino alguna vez, que la literatura catalana medieval se inserta en una tradición y en ella asume su originalidad. En palabras de la autora (p. 126): «La literatura catalana del XIV i del XV és una província del gran món romànic, *pobra però honrada* i, sobretot, dotada d'una personalitat pròpia que encara no hem descrit amb suficient nitidesa i amplitud.» Desea dar su lugar a la literatura clásica catalana. Esta idea da unidad a los artículos, que se pueden leer como ejemplos de esta tesis, sin que las ideas individuales sobre autores concretos sean desechables, como que el *Tirant* empieza con intención medieval y acaba diciendo una palabra nueva, o ideas generales iluminadoras, como que en la Edad Media funciona el criterio de la tradición antes que el de la originalidad. Algunos artículos o partes de artículos son más flojos, y quedan en perífrasis de textos como «L'imaginar pertud», del quinto artículo sobre March, o el cuarto artículo de la segunda parte, que se queda en una propuesta, una entrada.

En realidad hay dos tradiciones y dos modernidades. Aunque puede verse como lo hace la autora, sin distinguir; es lo mismo. Por una parte (1) *la tradición de lo medieval románico que pasa a lo medieval catalán*. Hay unos autores cuya influencia se da en toda la Edad Media románica, como por ejemplo Ovidio (art. II, 1.ª parte). Para San Agustín, Ovidio era uno de los autores recuperables por la cristianizada Edad Media. Ovidio es una de las influencias en torno a Metge o Corella, a Sant Jordi o March. Y también se ve en autores menores, que siguen a Ovidio a través de filtros medievales: Jaume Domènec, en *Compendi* a través del *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais. También registra la influencia de Boccaccio en Corella en concreto de la *Fiammetta* en la *Caldesa*. O, además de la influencia de obras y autores, la tradición de ciertos motivos medievales románicos que siguen en la literatura catalana, así el motivo del viaje al más allá recogido en *La Faula* de Torroella o en el *Llibre de Fortüna i Prudencia*, de Metge (IV, 1). Todo ello demuestra, además de otras puntualizaciones concretas, que la literatura catalana no está aislada de su mundo cultural románico.

Por otra parte (2) *la tradición de lo catalán en lo catalán*: se crea una cultura viva que se va perpetuando en sus sucesores, a los que fecunda, como la fuente de *La Faula*, de Torroella para el episodio de «Artüs i Morgana» del *Tirant* (IV, 1). Todo ello puede unirse, ya que todas estas relaciones se dan a la vez, y que se expongan por separado no debe hacer creer lo contrario. Así el deseo de pasar la vida durmiendo lo encontramos de Boecio a Meun, Chaucer o Dante, también se da en Raimon de Cornet, y pasa a March, y de March a Martorell (II, 2).

Y también dos modernidades. Primero se manifiesta (3) como *peculiaridad local*: Cataluña acoge la tradición pero con sus particularidades, haciéndola suya, así *La Faula* o el *LFP* toman la leyenda artúrica pero en su versión de viaje a una isla mediterránea misteriosa (IV, 1). Esta peculiaridad puede ser también temporal, con lo que la cultura catalana queda relacionada con su tiempo histórico. Badía explica que el *LFP* de Metge toma la descripción de la isla de la Fortuna y la de la Fortuna misma del *Anticlaudianus* de Lille, pero mientras éste refleja el optimismo del siglo XII, Metge habla desde el pesimismo propio del XIV-XV, una visión del mundo diferente y por tanto una literatura diferente.

Y por fin la (4) *modernidad u originalidad individual*. El *Tirant* está basado (IV, 1) en uno de sus episodios en *La Faula*, pero al contrario que ella introduce el distancia-

miento, la ironía, el realismo (en un juego parecido al contraste entre *Romance* y *Novel* que se da en la base dialéctica que genera *El Quijote*). Y esa ironía parece más propia de *Lo somni* de Metge, que en cambio no tiene mucho que ver en cuanto a intertextualidad positiva con la obra de Martorell. Todo esto hace ver una verdadera maraña de influencias y tradiciones, de posturas ante el mundo, difícil de desenredar. A través de ella Badía nos quiere hacer ver que la literatura catalana de XIV y XV tiene una personalidad y una palabra que decir. A veces un autor sigue la tradición occidental (Séneca, por ejemplo), pero no una tradición primaria, sino filtrada por la cultura catalana: March sigue más las versiones catalanas de Séneca que al mismo Séneca (IV, 2). También hay que tener en cuenta que a veces puede influir más un autor como Brunet Latini que Aristóteles. Y a veces podemos encontrar verdaderas evoluciones del espíritu de los tiempos, que determinan el cambio de toda una era y que pueden permitir leer, con cautela, la modernidad del XV catalán como algo que camina a insertarse en la literatura moderna, a pesar del peligro del prejuicio romántico. Se indica todo un cambio de sensibilidad del hombre occidental en el gusto por el realismo que encontramos en Muntaner, el *Tirant*, *La Celestina*, *El Lazarillo*, *Curial e Güelfa*, *El Quijote*, Corella. Tanto *La vita nova* como *La tragèdia de Caldesa* o *La Celestina* presentan espacios reconocibles para los lectores. Parece que Badía nos conduce a una flexibilidad de lectura moderna, que quizá represente una matización de ideas anteriores. Ello se puede dar gracias a un positivismo maduro. No quiere engañarse, y así Badía intenta situar en su lugar a los autores. Todos los del XV siguen siendo medievales. Pero una vez asegurado esto también debe verse aquello en que se proyectan hacia delante. Una de las lecciones más claras es la del *Tirant* (V, 1). Incluso podemos ver una superación de lo estrictamente filológico, sin perderlo nunca de vista, en el tratamiento de la estrofa espúria del poema LXVIII de March. Debe suprimirse, pero la canta cuando oye a Raimont «amb finalitats no acadèmiques». Es la pequeña historia trágica del filólogo.

En fin, puede considerarse este libro como introducción a la literatura catalana y no poco a la románica en la Edad Media. Un manual para iniciados. Es necesaria familiaridad con el mundo medieval. Saber quiénes eran, o al menos que existen, Jean de Meun o Boecio. A un introducido en la literatura castellana y mínimamente en la catalana no le es difícil reconocer el contexto.

JUAN ANTONIO SÁNCHEZ